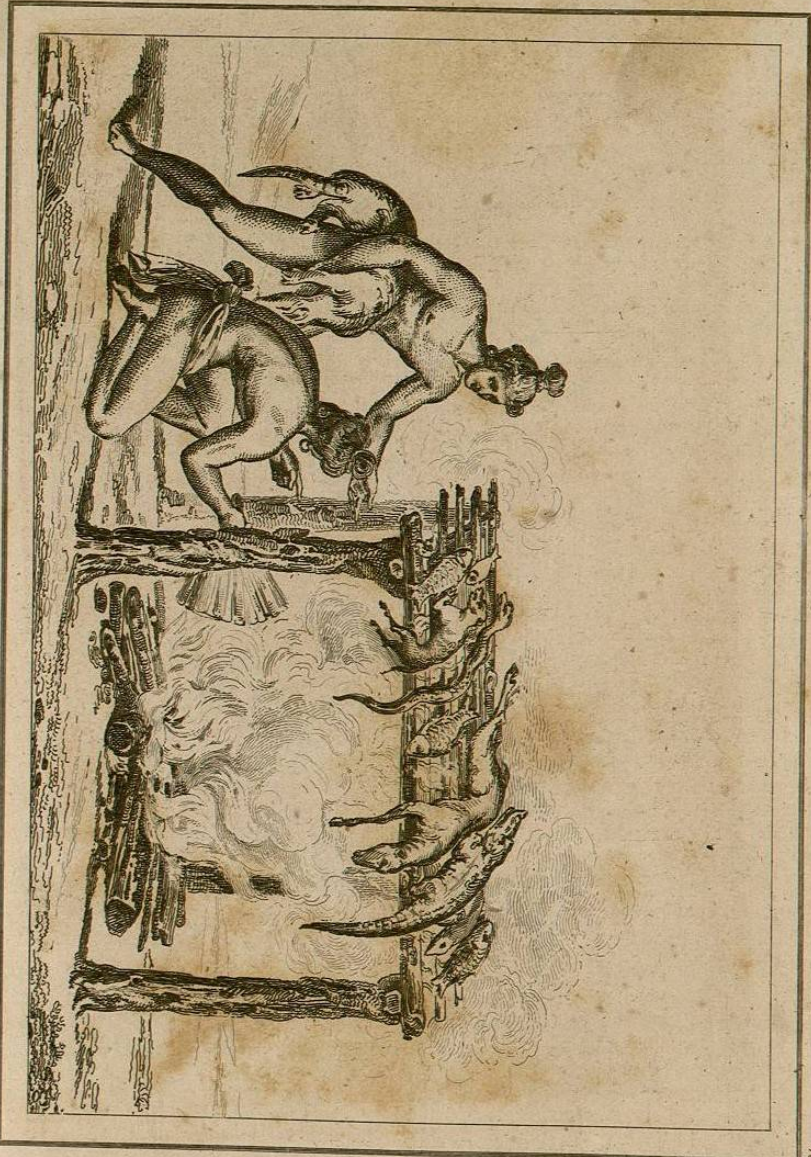


FLORIDES.

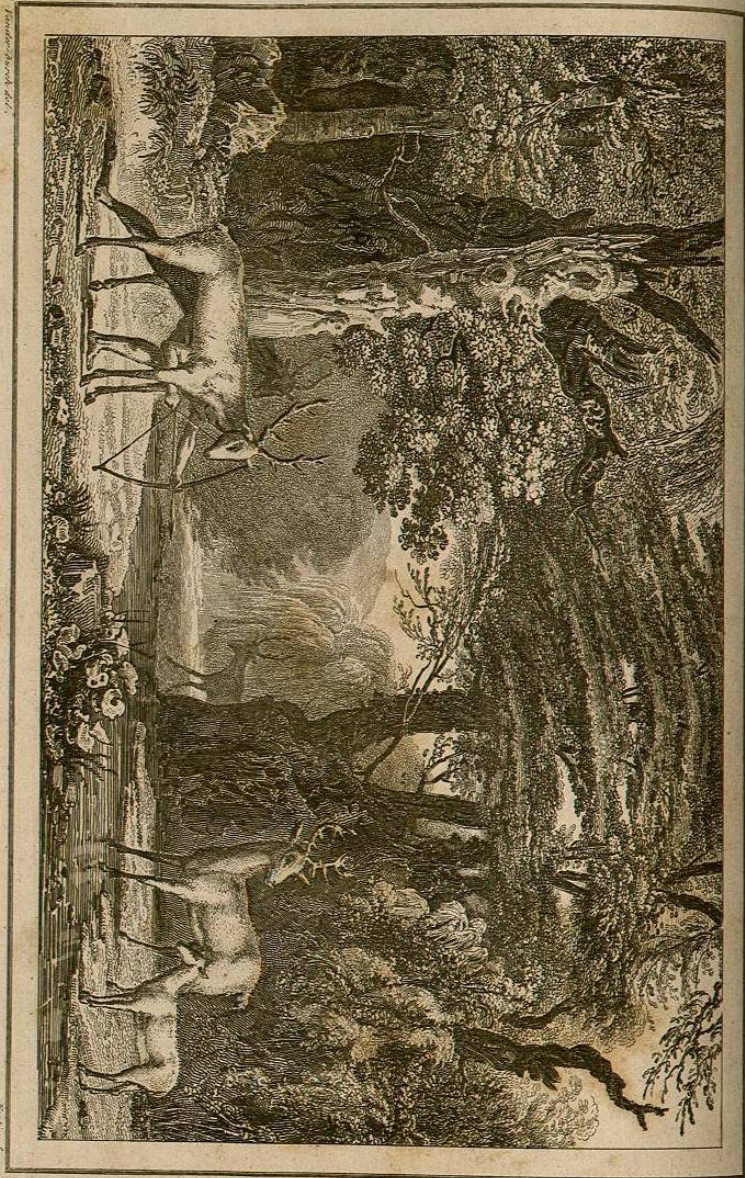
FLORIDA.

FLORIDA.



Manuscript from the collection of the

British Museum



Handwritten text:
Caza de los Ciervos.

Hirschjagd.

Reproduction of the original from the collection of the British Museum, 1862. Columns engraved by Ribaut in 1862.

á América las prevenciones y animosidades que les habian sido inspiradas, persiguieron el catolicismo antes de admitirle al goce de los mismos derechos.

Al deplorar los funestos efectos de los rencores religiosos, no nos sorprendemos por su furor, en un siglo en que el entusiasmo exaltaba todos los ánimos, en que los hombres se perdian en las teorías de un mundo invisible, en que estas opiniones dirijian la política y llegaban á ser un poder. Fué un torrente, pasó, é hizo lugar á un curso de sucesos mas tranquilos. Por grados fueron llegando á conocer que la autoridad civil y religiosa son esencialmente distintas, aunque las leyes sociales y las creencias piadosas pueden prestarse un mutuo apoyo; observaron una misma moral bajo la capa de estos diferentes dogmas que dividian la tierra. La doctrina era diverjente, pero las inspiraciones de la conciencia eran parecidas. Todos los hombres podian pues vivir juntos; y por todas partes se volvian á encontrar estos elementos comunes de la sociedad, que derivan de los afectos del corazon humano; por todas partes se reconocia el amor de la familia, la necesidad de reunirse con los demás hombres, de socorrerse mutuamente, de someterse al freno de las leyes, de darles una sancion superior al poder humano y de erijir sobre la cumbre del social un altar á la Providencia que la proteja y la perpetúe. Pero solo despues de largas vacilaciones se obtuvo tan favorable resultado; fué preciso comprar la prudencia y el bienestar con tristes pruebas de errores y calamidades.

La iglesia presbiteriana, mas numerosa entonces que todas las demás en las colonias inglesas de América, habia tambien recibido nuevos auxiliares durante el reinado de Carlos I. Este príncipe habia continuado persiguiendo en Inglaterra á los puritanos; se abandonó enteramente á los jefes de la iglesia anglicana, y encargó el cuidado de los asuntos civiles y religiosos al doctor Lawd, que solo queria aumentar el ascen-

diente de la iglesia dominante. Se cargó al culto con nuevas ceremonias que le sustrayeron un gran número de partidarios; creyeron poder sostener estas prácticas religiosas con persecuciones; y este último medio no hizo sino levantar contra la iglesia anglicana y el poder civil poderosos y temibles adversarios. Las nuevas doctrinas habian encontrado prosélitos en la clase inferior: luego se adhirieron familias grandes, fuese por principios, fuese por espíritu de popularidad; pusieron cierto teson en sostener opiniones que estaban proscritas por el poder, y para no humillarse, tomaron el partido de desterrarse.

Este espíritu de independencia religiosa llegó á ser favorable á las colonias de la Nueva Inglaterra; allí se buscaba una seguridad de que ya no gozaban los disidentes en la metrópoli; aumentaba el número de los refugiados; y desde el año de 1640 se contaban en esta comarca cuatro mil propietarios y veinte y un mil pasajeros, cuya tercera parte se hallaba en estado de tomar las armas. Los colonos habian fundado muchas ciudades, templos para diferentes comuniones, fortalezas, hospicios, cárceles y un colejio. Tenian puertos, embarcaciones y almacenes, y habian abierto algunos caminos públicos entre sus establecimientos. La colonia de Massachusetts era la mas floreciente; fué dividida en cuatro condados, los de Essex, de Middlesex, de Suffolk y de Norfolk.

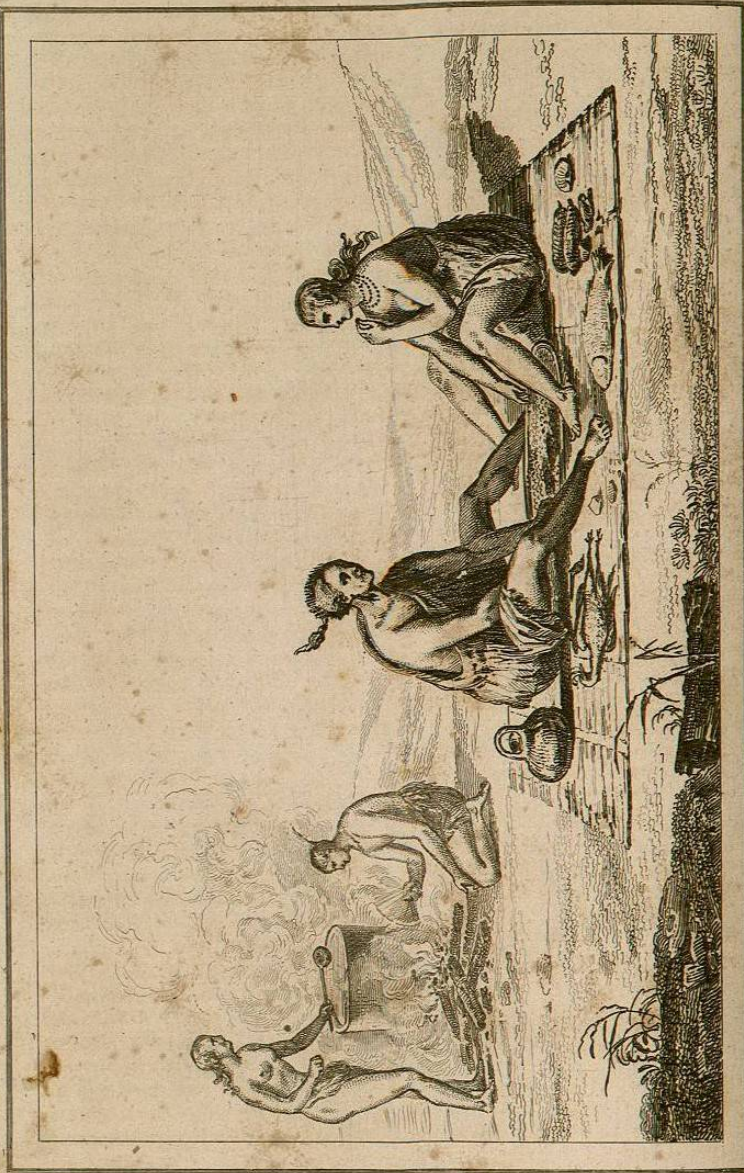
Sin embargo vino á detener el curso de estos progresos la guerra civil que estalló en Inglaterra á fines del reinado de Carlos I. Luego se vieron espuestos al azote de una guerra extranjera; y los peligros comunes de las diferentes colonias de la Nueva Inglaterra les hicieron conocer la ventaja de confederarse, poco mas ó menos, segun el plan de las siete Provincias Unidas. Estas colonias eran el Massachusetts, el Connecticut, el Newhampshire y el Maine. No fué admitida Rhode-Island en esta nueva confederacion, cuyos principios eran que hubiese entre los cuatro contrayentes una liga de amistad

46

FLORIDA.

FLORIDA.

FLORIDA.



M. G. S. del. et sculp.

M. G. S. del. et sculp.

ofensiva y defensiva; que los cargos serian proporcionados al número de los habitantes varones; que al saber la invasion de una colonia, las otras tres tratarian de ayudarla; que los asuntos de paz y de guerra serian examinados por comisionados, y que estos se reunirian sucesivamente en Boston, Harfort, New-Haven y Plymouth.

La Inglaterra reconoció y autorizó esta confederacion, que tenia por objeto defenderse y procurar engrandecerse ocupando las rejiones mas occidentales.

A esta sazón todas las colonias de la Gran Bretaña en esta parte de la América no estaban aun contiguas, y se habian formado otros establecimientos europeos entre los de la Virginia y del Connecticut; los habia empezado un célebre navegante inglés; pero entónces se hallaba al servicio de otra potencia.

Enrique Hudson se habia ya señalado por una primera expedición á lo largo de las costas orientales del Groenland; habia visitado otras partes del mar Boreal y habia reconocido las islas del Spitzberg. En un segundo viaje que hizo en 1608, Hudson se dirigió tambien hácia este archipiélago; queria recorrer el mar Boreal de occidente á oriente, para buscar en esta direccion un paso entre el Atlántico y el Grande Océano; pero los vientos contrarios le impidieron penetrar entre el Spitzberg y la Nueva Zemle; tampoco pudo entrar en el estrecho de Waigatz; y la compañía de Lóndres, que habia hecho los gastos de estas dos primeras expediciones, suspendió el curso de sus investigaciones en los mares glaciales. Entónces se fué Hudson á Holanda; allí entró al servicio de la compañía de las Indias Orientales, y le propuso renovar sus indagaciones para encontrar un nuevo paso hácia las Indias. Habiendo aceptado la compañía sus ofertas, salió de Amsterdam el 4 de abril de 1609 á bordo de la embarcacion *La media Luna*, con veinte hombres de tripulacion. Inmediatamente navegó á lo largo de las costas de Noruega hasta el cabo Norte; visitó luego el mar Blanco, las cos-

tas de la Nueva Zemle, la entrada del estrecho de Waigatz; y habiéndole cerrado el paso la presencia de los hielos, fué á hacer otras tentativas hácia el oeste; alcanzó las costas del Groenland, se fué á las de Terranova, reconoció la Acadia, llegó á la bahía de Penobscot, dobló el cabo Cod, que Gosnold habia descubierto en 1602, y dirijiéndose al sudoeste, llegó á la entrada del Chesapeake; este fué el último punto de su navegacion hácia el mediodía. Luego volvió Hudson á subir la costa sin desembarcar en ella, visitó la entrada del Delaware, y en la vecina costa del cabo Mayo hizo su primer acto de toma de posesion en nombre de la Holanda. Al continuar su navegacion á lo largo de la costa, llegó á las aguas de Sandy-hook, por donde penetró en la bahía de Manhattan, y en el gran rio que ha tomado luego el nombre de este navegante.

El aspecto majestuoso del rio de Hudson, la hermosura, la variedad de sus márgenes y el desarrollo de su curso le hicieron reconocer la importancia y la estension de su descubrimiento. Su vista se prolongaba al oriente sobre las tierra lijeramente ondeadas de la isla de Manhattan, donde residia una tribu de Indios; al occidente veia levantarse una larga barrera de rocas tarpeyas, cuyas columnas irregulares tenian la forma de una palizada, cuyo nombre han retenido (véase la lámina 26). El rio, que subió durante treinta millas inglesas, á lo largo de este poderoso dique, se ensanchaba en seguida, y formaba un estenso estanque, conocido con el nombre de mar de Tappan. Mas al norte, se metió entre una doble cadena de montañas, cuyos machones delineaban sobre el alveo del rio muchos cabos avanzados que variaban la direccion de su curso; mas allá de este pais de montañas, donde la naturaleza es salvaje y pintoresca, donde la navegacion se abre un paso por entre dos baluartes de peñas, cuyo rápido declive está destituido de vejacion, las aguas engrandecian su alveo, y se vertian sobre las campiñas que la naturaleza habia cubierto de inmen-

sos bosques. Hemos ya notado el lujo y el desórden de sus riquezas en todas las tierras fecundas que no han sufrido el cultivo; el mismo espectáculo debía reproducirse muy á menudo en una comarca en que los pueblos no atendian aun al suelo y donde se desconocia el poder del trabajo. Despues se fundó la ciudad de Hudson, en medio de las fértiles llanuras que habian atraído la atencion de este navegante. Continuó el reconocimiento del rio, atravesando un hermoso pais que la industria del hombre debia un dia vivificar, y señaló el sitio donde se debia erijir el fuerte Orange. Habia recorrido ciento sesenta millas del sud al norte, y observó que el flujo del mar levantaba allí algunos piés el volúmen de las aguas. Tambien se prolonga mas allá este movimiento; solo se estingue hácia la embocadura del Mohawks, punto principal donde desagua el Hudson, y el choque de ambas corrientes reunidas le opone un último obstáculo.

Cuando el ilustre viajero hubo acabado su importante descubrimiento, cuando hubo abierto relaciones amistosas con los Indios de las riberas, cuando hubo elejido los diferentes puntos donde se podian formar establecimientos útiles, abandonó este pais y volvió á tomar el camino de Europa. Su intencion era volver á Holanda para dar allí cuenta de su expedición; pero el amotinamiento de su tripulacion, cuando se acercaba á las costas de Inglaterra le obligó á desembarcar en Darnmouth, desde donde envió su relacion al director de la compañía de Amsterdam. A consecuencia de este viaje y de los derechos que de él resultaban, fundó el gobierno de Holanda sus primeros establecimientos en los territorios que acababan de ser descubiertos, desde la entrada de la bahía del Delaware hasta hácia la embocadura del Mohawks.

Hudson no hizo mas que esta campaña al servicio de la compañía holandesa; luego fué empleado otra vez por la de Lóndres, y en 1610 emprendió por su cuenta una última expedición. Habia sido puesto

bajo sus órdenes el navio *la Descubierta* con veinte y tres hombres de tripulacion; querian probar aun la investigacion de un paso entre los dos Océanos, investigacion ya tan fecunda en grandes descubrimientos. Se dirigió el navegante hácia las Orcadas, las islas Feroe, la Islanda, desde donde llegó sucesivamente al punto meridional del Groenland, al estrecho de Davis y á el que lleva hoy su nombre. Navegando aun á toda vela hácia el oeste, penetró en una vasta bahía, cuyas costas examinó, é invernó en una ensenada de la costa occidental donde le detuvieron los hielos. Duraba hacia ya catorce meses su peligrosa y penosa situacion, cuando se sublevó su tripulacion y resolvió abandonarle; le echaron en una lancha con su hijo y algunos hombres de su infortunio y fueron divagando á merced de las olas. La compañía de Lóndres, tan pronto como supo su desgracia, envió un buque en busca suya, pero no pudieron hallarle. No quedaba ya mas que honrar su memoria; la bahía que Hudson habia descubierto fué consagrada con su nombre; llegó á ser para él un monumento imperecedero, y jamás un hombre sensible á la fama y víctima de su noble celo tuvo sepulcro mas magnífico.

Desde luego concedieron los estados jenerales de Holanda á una compañía de negociantes el comercio esclusivo de los paises que este navegante habia descubierto en 1609. Se erijió el fuerte de Amsterdam hácia la embocadura del rio Hudson; iba á ser el punto céntrico de los establecimientos holandeses. Se construyó el fuerte Orange hácia la parte superior del mismo rio, el fuerte de Buena Esperanza sobre el rio de Connecticut y el fuerte Nassau sobre el del Delaware. En 1629 envió un gobernador á la nueva Béljica la compañía de las Indias Orientales, á la cual se hallaban trasferidas entónces las primeras concesiones.

Hácia algunos años que otra nacion europea se habia establecido en el mediodía de la Nueva Béljica. Gustavo Adolfo, ese rey que se manifestó digno del ilustre autor de su

dinastía, y que hizo inclinár la balanza política de la Europa en favor de los aliados que le ayudaron en sus victorias, formó, en 1626, el proyecto de fundar una colonia en América, y una expedición de Suecos y de Finlandeses atravesó el océano y fué á la bahía del Delaware. Allí fundaron la ciudad de Cristina, llamada así en honor de la hija de Gustavo Adolfo, recorrieron la bahía, subieron el río hasta sus primeras cascadas, y principiaron á construir en sus orillas las ciudades de Hoarhill, Gotemburgo, Hupland y Elsemburgo. También tenía la Holanda algunos establecimientos en este país. Eran aficionados los Suecos al cultivo como los Holandeses lo eran al comercio; y en tanto que los establecimientos fueron poco numerosos por una y otra parte, ambas naciones vivieron sosegadamente; pero cuando se multiplicaron y se reunieron sus colonias, sobrevinieron rivalidades. Los Suecos quitaron á los Holandeses, en 1655, el fuerte Casimiro, uno de los que estos habían construido en las riberas del Delaware; pero inmediatamente Stuyvesand, gobernador de la Nueva Béljica, armó una flotilla, montada con setecientos hombres, y se dirigió de improviso á la bahía ocupada por el enemigo. No teniendo los Suecos bastantes fuerzas para resistir, se vieron obligados á rendirse por capitulación. Les quitaron los fuertes que habían construido y les volvieron á tomar aquellos de que se habían apoderado momentaneamente. Concedió Stuyvesand la facultad de residir en la colonia á los Suecos que quisiesen permanecer en ella, prestando juramento de fidelidad á los estados jenerales; los demás fueron enviados otra vez á su país ó detenidos como prisioneros de guerra si formaban parte del ejército. Hízose la concordia en las colonias del Delaware entre los habitantes de ambas naciones; mezclaron sus intereses, concurrieron, cuando llegó el caso, á la defensa comun, y se unieron muchas veces para rechazar algunas partidas inglesas que procuraban establecerse en el mismo país. Este territorio,

aunque fué reunido á la Nueva Béljica, tenía sin embargo una organización separada; se diferenciaban los estados de las riberas del norte y del sud, porque el Hudson y el Delaware eran también conocidos por estos dos nombres; y teniendo ambos países intereses muy distintos, pronto resultó de esto un desmembramiento territorial aun mas completo.

Mientras que los Holandeses y los Suecos ocupaban ambas orillas del Delaware, fundaban los Ingleses en las del Chesapeake la hermosa colonia del Maryland, separada de la Virginia por el curso del Potomac. En 1632 había concedido Carlos I este territorio á Cecilius lord Baltimore, y la expedición que Leonardo Calvert, hermano suyo, llevó allí, llegó al año siguiente á la embocadura del río que servia de límite. Componíase de doscientos hombres; establecieron, con consentimiento de los Indios, en Yamaco, que recibió el nombre de Santa María.

Eran católicos todos los principales habitantes; perseguida su religión en Inglaterra, iba á reinar en esta nueva colonia, y un gran número de familias que pertenecian á la misma iglesia fueron allí á buscar un refugio. Los sabios principios de tolerancia profesados por lord Calvert hicieron también que llegasen al Maryland diferentes clases de religiosos que habían desterrado de las demás colonias, ó que las habían abandonado voluntariamente para librarse de persecuciones. Esta ilustrada política aumentó rápidamente la población del país. La bahía del Chesapeake, el curso del Potomac, la entrada de la Susquehana, le proporcionaban grandes líneas de navegación. El comercio iba á encontrar en el Patapsco un nuevo abrigo, y pronto empezó á levantarse la ciudad de Baltimore en las orillas de este río y al pié de las colinas que debian un día cubrir con sus edificios y gloriosos monumentos.

Al recordar el orijen de las colonias europeas formadas á lo largo de las costas de América, las hemos visto establecerse inmediatas á

otras bajo muchas banderas diferentes. Las colonias inglesas eran las mas numerosas, y las de Holanda se hallaban amenazadas por su cercanía y sus fuerzas; pero se habían formado hácia el norte otros grandes establecimientos europeos. La Francia y la Inglaterra, rivales despues de tanto tiempo, iban á volver á batirse en el Nuevo Mundo.

Aunque no tenemos motivo para ocuparnos del Canadá y de la Acadia hasta tanto que su historia se una con la de las posesiones vecinas, son necesarias algunas descripciones sobre el orijen y la situación de estas dos colonias francesas para la inteligencia de los sucesos.

Los títulos de la Francia sobre una porción del continente de América se remontaban á la expedición de Verazzani, quien, en 1524, estuvo encargado por Francisco I de hacer un viaje de descubrimientos. Las vicisitudes del reinado de este príncipe y las guerras que le ocuparon en Europa suspendieron la ejecución de sus proyectos en América; pero se prosiguieron en 1534. Jaime Cartier, de San Maló, llegó al cabo de Buenavista en la isla de Terranova; reconoció sus costas septentrionales, fué al golfo de San Lorenzo y tomó posesion de sus márgenes en nombre de la Francia. Al año siguiente visitó la isla de Anticosti que divide en dos brazos la inmensa embocadura del río; prosiguió su navegación hácia el oeste, entró en el río de Saquenay, donde algunas tribus de Algonquinos tuvieron relaciones con él, y subió el río de San Lorenzo hasta la isla de Hochelaga. Los Hurones tenían allí una gran población, cuyo recinto circular estaba fortificado con una hilera de palizadas, formadas de grandes vigas, clavadas profundamente en la tierra y atadas unas con otras. Estaban sus cabañas construidas de la misma manera. En estas empleaban algunos troncos mas endebles, cuyos extremos adelgazados se reunian en lo alto en forma de colmena, ó se encorbaban en la de bóveda para cubrir la habitacion (véase la lámina 21). Dominaba todo el país una

montaña situada en medio de la isla. Cartier le dió el nombre de Monte Real, nombre que fué ligeramente alterado en el siglo siguiente.

Aun era este viaje un mero reconocimiento; sin embargo preparó la colonia que se debía fundar mas adelante. Roberval de Picardía obtuvo de Francisco I una comision que le autorizaba á establecerse, con el título de teniente jeneral y de virey, en todos los países que rodeaban el golfo de San Lorenzo. Hizo un viaje á ellos en 1541. En el mismo año, uno de sus pilotos, Alfonso, reconoció las costas orientales del Labrador; y Roberval, que aun hizo otras expediciones al Canadá, pereció en la de 1549 con su hermano, que había tomado parte como él en las guerras de Italia, y á quien Francisco I había llamado el jendarme de Anibal.

Llegábase al reinado de Enrique II, y la Francia tuvo que sostener en todas sus fronteras sangrientas guerras, que hicieron renunciar á otras empresas. Francisco II, sucesor de este príncipe, no hizo mas que subir al trono, y Carlos IX lo ocupó demasiado tiempo. En la introduccion de nuestra obra hemos seguido la série de empresas que se intentaron en América durante este funesto reinado. Enrique III, que heredó los disturbios y desgracias del reino, concedió en 1588, el comercio esclusivo del golfo de San Lorenzo á Chaton y á Noel, sobrinos de Jaime Cartier; pero pronto se revocó esta comision. Hacía mucho tiempo que estaban suspendidas las grandes expediciones para el Canadá, cuando Ravillon pasó á él en 1591, no tanto para ocuparse en descubrimientos como para trabajar en la pesca de las focas, que entónces abundaban en aquellos parajes.

Cuando la Francia, fatigada de discordias, descansó en fin bajo la autoridad paterna de Enrique IV, este príncipe volvió á emprender los proyectos de colonización, tantas veces abandonados. Nombro al marqués de la Roche su teniente jeneral en los países del Canadá, Hochelaga, Labrador, Norimbeiga y Terranova; le autorizó para aprestar buques, le-

vantar tropas, para llevarse todas las personas útiles para el establecimiento de una colonia, para edificar fuertes y ciudades, para conceder tierras, feudos y algunos señoríos bajo diferentes títulos, y para hacer para el gobierno de estos países todos los reglamentos que le parecieran útiles. Mas no tuvo buen éxito la empresa de la Roche. Tratando de llegar al continente de América, tocó primeramente en la isla de Sable, y dejó en ella cuarenta hombres para ensayar un establecimiento; pasó en seguida á reconocer las costas de Acadia, y despues de haber recojido allí las noticias que deseaba, regresó á Francia para concluir los preparativos de una segunda expedicion. En ella fué retenido prisionero de guerra por el duque de Bretaña, que se habia sublevado contra la autoridad del rey, y murió antes de haber podido emprender la realizacion de sus designios. Cuando informado Enrique IV de la triste situacion de la colonia de la isla de Sable, quiso mandarla conducir á Francia, ya el hambre habia acabado con la mayor parte; solo habian sobrevivido doce hombres.

Muerto la Roche, fué sucesivamente concedido su privilegio á Chauvin, capitan de navío; al conde de Chatte, gobernador de Dieppe; y por último á Pedro de Monts, que consiguió, como sus antecesores, el derecho esclusivo del tráfico de la peletería. Este comercio parecia entonces constituir el objeto mas importante de las expediciones dirigidas hácia Acadia y el Canadá. Pontgravé, negociante de San Maló, habia hecho con este fin varios viajes á Tadoussac, lugar situado cerca de la embocadura del Saquenay. Los Indios venian á este punto á hacer sus cambios; y este comercio, privilegiado para una sola compañía, producía grandes beneficios.

En 1594 fueron reconocidas todas las costas de Acadia desde el cabo Canceau hasta la estremidad sudeste, y desde allí hasta la bahía de Fundy, en la que estaba situado Puerto Real. Mandaba esta expedicion Monts, y hacian parte de ella

Champlain y Poutrincourt. Este último consiguió que le concediesen Puerto Real, en donde se podia hacer un hermoso establecimiento, pero no tuvieron cuidado ni de fortificarle, ni de cultivar las tierras inmediatas, y así quedó el pais abierto á todos los ataques.

El Canadá fué organizado con mas prevision. Champlain proseguia allí sin descanso sus trabajos útiles; y este hombre, de alma elevada, consagró el resto de su vida á los intereses de la colonia tan importante. En 1608 echó los cimientos de Quebec, mandó empezar el desmonte de los terrenos inmediatos, practicar varios reconocimientos en el interior, y prolongó sus establecimientos en la orilla septentrional del rio y de los grandes lagos. Dos grandes naciones indias entraron entonces en relaciones habituales con los Franceses; estaban en la misma orilla y habia disposicion de cultivar su amistad. Los Algonquinos ocupaban, con diferentes nombres de tribus, las partes inferiores del Canadá; los Hurones se extendian hácia el oeste hasta el lago que lleva su nombre. Ambas naciones estaban separadas por el rio San Lorenzo de la confederacion de los Iroqueses, sus enemigos irreconciliables; y este gran límite no impedía que hubiese frecuentes ataques entre los Indios de las orillas opuestas. Atravesaban el rio en sus largas piraguas, cuyos costados estaban cubiertos con corteza de abedul: muchas veces su única embarcacion era el tronco de un árbol, vaciado por la accion del fuego, y formado en ruda figura de piragua con una hacha de piedra (véase la lámina 19).

Desembarcaban impensadamente y á favor de la sombra de la noche en el punto de la orilla que querian sorprender, devastaban los pueblos pequeños, y corrían luego á sus piraguas para pasar al otro lado del rio. Decíase de los Algonquinos que venian como zorras, atacaban como leones, y huían como pájaros.

No procuró Champlain hacerse mediador entre estas naciones enemigas; miraba como útiles auxilia-

res para sí mismo á las colonias indias cercanas á los establecimientos franceses, y se unió á una expedicion de los Algonquinos para penetrar en el mediodía de San Lorenzo, en la comarca que ocupaban los Iroqueses. En este viaje descubrió Champlain el lago que ha conservado su nombre; y este descubrimiento se hizo en el mismo año que el del rio de Hudson, de que nos hemos ocupado antes.

Empeñose de una manera notable el sangriento combate que los Indios iban á librarse. Sobrevenia la noche cuando los Algonquinos encontraron al enemigo; le preguntaron si queria combatir en el mismo momento, y los Iroqueses propusieron que se retardase el ataque hasta la mañana siguiente: «La noche seria oscura; no se reconoceria; era preciso que el sol alumbrara las hazañas de los valientes.» Llegaron á las anas al amanecer, fué sangrienta la pelea, y los Iroqueses se defendieron con denuedo; pero aun no habian experimentado el efecto de las armas de fuego y no pudieron resistir á Champlain y á algunos arcabuceros franceses que ocupaban el centro de las tropas enemigas. Los Algonquinos llevaron á su pais un gran número de cabelleras con que sus mujeres se cubrieron el seno, como un adorno y un glorioso despojo.

La derrota de los Iroqueses les hizo conocer que al otro lado del rio tenian un enemigo mas, y este combate fué el principio de la animosidad que concibieron contra los Franceses. Su confederacion, reducida á armas muy desiguales, se veía obligada á esperar la ocasion de vengarse; pero las rivalidades de las potencias europeas que habian formado en América algunos establecimientos, debian pronto procurar á esta nacion salvaje auxiliares y celosos protectores.

Hemos ya visto cómo los Europeos procuraban suplantarse mutuamente en sus nuevas adquisiciones. En 1613, el capitan inglés Samuel Argall habia dado este ejemplo de hostilidad, usurpando la Acadia, de donde pretendia escluir todas las demás

naciones. La flotilla que mandaba habia sido despedida de Virginia para hacer un viaje de descubrimientos hácia el norte. Supo Agall que los Franceses habian formado en la bahía de Fundy el establecimiento San Salvador, colocado en la ribera occidental; dirijióse á él velozmente y se apoderó sin tirar un tiro de una estacion en que aun solo se encontraban veinte y cinco habitantes. Puerto Real, situado en la ribera oriental de la misma bahía, era la capital de la colonia; se habia empezado allí un fuerte; allí se hallaba un gobernador cuya autoridad debia estenderse sobre todos los establecimientos de la Acadia; pero no tenia ni guarnicion, ni municiones de guerra; solo tenia con él un pequeño número de hombres; y los diferentes puntos de la costa sometidos á su jurisdiccion estaban solo ocupados por cabañas, levantadas para la comodidad de los pescadores ó para el tráfico de pieles. Ninguna resistencia pudo sufrir Agall al presentarse delante del puerto; su invasion era tanto mas inesperada cuanto que la Francia y la Inglaterra se hallaban entonces en paz. En Acadia se habian limitado á ponerse al abrigo de las incursiones de los salvajes, y ninguna medida habian tomado contra las de los Europeos.

Solo tuvo esta agresion un efecto pasajero, y pronto los Franceses volvieron á entrar en sus establecimientos; pero los peligros de la Acadia se hicieron mas graves y mas habituales, cuando las colonias de la Nueva Inglaterra fueron principiadas en 1620, y sobre todo cuando se hubieron estendido hácia el norte, hasta las cercanías de la bahía de Fundy. Entonces los establecimientos de dos potencias rivales se encontraron reunidos, las disputas se hicieron mas acaloradas, las invasiones mas fáciles, y en esta lucha de ambicion y de intereses, la ventaja debia finalmente quedar á favor de las colonias que tenian mayores fuerzas y recursos á su disposicion.

El gobierno francés no se ocupaba bastante de la Acadia, y experimentó muy á menudo los tristes efectos